

enérgicamente contra la presencia del duque de Feria en Alemania no solo por este motivo, sino tambien porque con ella se desbarataba por completo su pensamiento fundamental, que era dirigirse, despues de terminada la guerra de Silesia, al Imperio y lograr allí tambien una victoria decisiva. Sin embargo, el partido enemigo de Wallenstein, que trabajaba entonces muy activamente, unido al embajador español Castañeda, consiguió que Fernando, ya que no accediera á la peticion de que Aldringer se pusiera á las órdenes de Feria, permitiera por lo menos la expedicion de este á Alemania, hecho que, como veremos, contribuyó poderosamente á agravar el conflicto entre el emperador y su general.

Esta expedicion que Feria realizó en setiembre, pasando por Klausen y Fussen, fué de importancia tanto mas funesta para la situacion del ejército sueco en el Sur de Alemania, cuanto que Horn, durante la ausencia de Bernardo, se habia separado con sus 6 000 hombres del grueso del ejército, que por consecuencia de esto se quedó sin jefe, para emprender el sitio de Constanza que en aquellas circunstancias á nada conducia. Por esto Bernardo, á su regreso, no pudo impedir la union de Feria con Aldringer, que entretanto habia recibido permiso para unirse á él, ni evitar que los dos ejércitos unidos hicieran levantar los sitios de Constanza y de Brisach. A duras penas logró restablecer sus comunicaciones con Horn. Despues de este proceder arbitrario de Horn no habia que pensar en una accion comun de este y Bernardo; por el contrario, este último recibió de Oxenstierna autorizacion para obrar con entera independencia y entonces se acogió otra vez á su antiguo proyecto de conquistar la vieja ciudad imperial de Ratisbona. Aunque las circunstancias parecian serle enteramente desfavorables, el éxito coronó el atrevido plan de Bernardo. En efecto, mientras Aldringer y Feria permanecian delante de Brisach y mientras Wallenstein estaba nuevamente persuadido de que Bernardo se proponia invadir á Bohemia, éste se presentaba de repente ante los muros de Ratisbona y se apoderaba de tan importante ciudad despues de solo diez dias de sitio. Toda la Alemania protestante regocijóse de este atrevido golpe de mano y comenzó á ver en Bernardo de Weimar al digno sucesor de Gustavo Adolfo.

Esta gran victoria de las armas suecas, que les abria el camino de los territorios hereditarios austriacos, hubo de ser funesta, en el verdadero sentido de la palabra, para el hombre que con su pasividad habia sido causa de pérdida tan desastrosa para los imperiales: para Wallenstein.

LA CATÁSTROFE DE WALLENSTEIN

Despues de la batalla de Lutzen, Wallenstein habia conducido su ejército, que á consecuencia de los terribles esfuerzos hechos y de las sangrientas batallas empeñadas habia sufrido extraordinariamente, á Bohemia, completamente empobrecida por tantas luchas, estableciendo allí sus cuarteles de invierno. Que no cabe censurarle por haber tomado tal determinacion demuéstralo la memoria que en 20 de diciembre de 1632 dirigió desde Praga al embajador imperial, Questenberg, que se encontraba en Viena, y en la cual se decia: «La campaña de este año ha sido larga y la soldadesca ha sufrido las consecuencias del pésimo servicio de provisiones y por ende se ha encontrado mal preparada para los dos últimos combates: en la última batalla, amigos y enemigos le han arrebatado el *bagaglio*, que constituye toda la subsistencia del soldado.» Por esta razon resolvió el general dedicar el invierno á la guerra diplomática, entablando nuevas negociaciones con el enemigo, especialmente con el elector de Sajonia, á quien despues de la muerte de Gustavo

Adolfo esperaba poder atraer á su lado, y reanudar en vano la lucha con todo vigor. En este sentido escribió Wallenstein á la corte de Viena, y en este sentido habló tambien al conde de Wartensleben, á quien el rey de Dinamarca habia enviado á aquella capital como negociador de la paz y que de regreso de ella se detuvo en el campamento que el general tenia en Praga. Wallenstein le dijo que se sentia viejo, muy enfermo y por ende muy necesitado de tranquilidad, y que aun cuando nunca habia estado tan bien preparado como entonces para la guerra, nunca tampoco habia experimentado mayor ansia de firmar la paz.

Pero por de pronto era preciso poner al ejército en condiciones de llenar los huecos que en sus filas habia dejado la guerra; así es que de nuevo redoblaron los tambores de alistamiento del duque de Friedlandia y de nuevo acudieron grandes masas de guerreros á cobijarse bajo aquellas banderas de ellos bien conocidas. Wallenstein era en su campamento un verdadero príncipe; á pesar de la disciplina y de la subordinacion que sabia mantener en el ejército, sus soldados le idolatraban, porque con él ningun mérito, ningun acto de valor quedaban sin la debida recompensa, merced á lo que muchos eran los que desde las posiciones mas humildes se habian encumbrado á los mas altos y honrosos puestos. Wallenstein, en medio del estrépito del campamento y de la pompa régia de su corte, gustaba de retirarse donde nadie llegara hasta él, pero en los momentos oportunos sabia alternar personalmente con los soldados, los cuales casi mas que con todas las recompensas materiales, que no escaseaba á los que las merecian, sentíanse halagados cuando el general recorria el campamento hablando amigablemente con unos, dando golpecitos en los hombros de otros y ensalzando su comportamiento. Del mismo modo que á los soldados sabia cautivar á los oficiales de cualquiera graduacion que fuesen, los cuales éranle mas incondicionalmente adictos, si cabe, que las mismas clases de tropa. Los coronales, á quienes se dejaba reclutar los regimientos por su propia cuenta, se entendian en todo cuanto se referia á los anticipos que para ello hacian y al pago de las soldadas, no con la corte de Viena, que casi nunca tenia dinero para el ejército, sino con el general, de cuya liberalidad dependia su existencia material. ¡A cuantos de ellos habia Wallenstein satisfecho las deudas y asegurado su situacion pecuniaria! De aquí que muchos de ellos sintieran hácia él una adhesion incondicional, y eso que Wallenstein se mantenia, aun respecto de los que mas cerca de él estaban, en una reserva y un aislamiento que le presentaban muchas veces á los ojos de sus mas íntimos como un enigma siniestro é indescifrable. El soldado, á pesar del amor y de la veneracion que por su general sentia, no acababa de comprender su carácter y modo de ser. Su aspecto extraordinario, tan fuera de lo comun y tradicional, tenia algo de misterioso, de casi lúgubre, y los soldados contemplaban con un sentimiento mezcla de respeto y de recelosa admiracion á aquel hombre sério y silencioso que recorria el campamento, envuelto en su capa de color de escarlata y ostentando en su sombrero la encarnada pluma. Contábanse los mas extraños episodios de su vida llena de extravagancias; decíase que tenia pacto hecho con misteriosas potencias y que lefa en los astros su destino y el de los demás, y con miedo y curiosidad á la vez eran mirados los astrólogos con quienes estaba el príncipe en contínuo trato. La sencillez y la sobriedad con que personalmente vivia aquel caudillo, á quien rodeaba un lujo de príncipe, causaban general asombro: queria que su mesa estuviera abundantemente provista de los manjares mas exquisitos y que sus convidados fuesen obsequiados espléndidamente, pero él no probaba de la mayoría de los platos que

se servian. Wallenstein creía que el lujo y la liberalidad eran exigencias necesarias de su posicion como general y príncipe soberano; pero del mismo modo que cuidaba solícitamente de sus soldados y se mostraba siempre generoso con ellos, exigiales la mas absoluta é incondicional subordinacion y una obediencia ciega á sus mandatos. ¡Ay de aquel que en este punto no cumpliera! Cuando esto sucedia, mon-

taba de tal manera en cólera que él mismo no se conocia y perdía por completo el dominio sobre sí, que casi nunca le abandonaba. En estas ocasiones, sus íntimos decian que tenia mal humor y todos evitaban acercársele, porque lo que mas necesitaba entonces era reposo. El mismo conocia el estado en que se ponía y procuraba evitar todo aquello que pudiera conducirle á tal situacion.



HIC EST IOANNES DE WERTH VIR CVIVS VIRTVS
NVLLOS TITVLOS AMBIT. OMNES MERETVR. MAR.
TI MILES. HOSTI TERROR. EXEMPLVM MAGNIS DVCIBVS.

*Pulchrior est miles duro in Certamine cæsus,
Quàm Salvus, Voluit qui dare lerga fugæ.*

Paulus Furst Excudit. N. 1637.

El general Juan de Werth. Facsimile reducido de un grabado, 1637, de Pablo Furst

Tambien en el campamento era no solo general, sino hombre de Estado y príncipe soberano, y aun en medio de los desórdenes de la guerra encontraba tiempo y ocasion de ocuparse detalladamente de su principado de Friedlandia, pues siempre se consideró no solo como general, sino ante todo como príncipe soberano cuyos servicios al emperador eran transitorios, y constantemente pensaba en aumentar la importancia de su capital Gitschin y en atender al bienestar material y moral de sus súbditos. Quería hacer al principado de Friedlandia independiente de Bohemia bajo todos conceptos, y aun llegó á pensar seriamente en la fundacion de una universidad en el mismo.

Su mente acariciaba los planes políticos mas atrevidos y mas vastos y no pensaba ser, ni como general ni como político, simple instrumento del emperador. Por esto, al volver á aceptar el generalato, se habia reservado con buen fundamento una posicion independiente en ambos sentidos.

¿Qué seria si esa política suya resultaba ser directamente opuesta á la del emperador? En este caso el general debia ceder ó obligar al soberano á adherirse á sus tendencias políticas, y esto último entrañaba el peligro que era consecuencia de haber conferido tan plenos poderes á un hombre extraordinariamente ambicioso y no acostumbrado á la obediencia. En realidad existia un contrasentido en la situacion

del emperador respecto de su general. En el campamento de este y no en la corte de Viena estaba el centro donde iban a parar los hilos de la política europea, y en su «casa friedlandesa» de Praga, magníficamente alhajada, recibía Wallenstein embajadores de todos los soberanos, dirigiendo las negociaciones diplomáticas de tal manera que creía poder, en caso necesario, conservar su independencia enfrente del emperador.

Por de pronto, el emperador y el general estaban de acuerdo en la idea fundamental que había servido de punto de partida para las negociaciones. Fernando y Wallenstein deseaban llegar a una inteligencia con Sajonia y separar a ésta de Suecia; pero ya al tratarse de las condiciones que habían de servir de base al convenio surgieron entre ambos graves diferencias, en las cuales pudo Wallenstein descubrir la oposición de la corte imperial que le impulsó cada vez más a ponerse con el emperador en un antagonismo político por efecto del cual no tuvo escrúpulo alguno en buscar en las negociaciones con los enemigos de Fernando, que al principio había entablado como representante de este, un amparo contra las tendencias hostiles de la corte imperial. A consecuencia de esto su actitud fué naturalmente cada vez más ambigua, y unido esto a la poca energía que desplegó en la dirección de la guerra, única cosa que hizo posibles los triunfos de los suecos en el Oeste de Alemania, engendró un antagonismo cada día más evidente entre él y el partido católico español de la corte imperial, y finalmente entre él y el propio emperador. Este conflicto había de acabar trágicamente, pues el general a quien tan extraordinarios poderes se habían conferido tenía intención cada vez más firme de utilizar la paz por él conseguida en detrimento de Fernando, a consecuencia de lo cual su poderío militar convertíase para el emperador en un peligro que, hábilmente explotado en la corte por el partido enemigo de Wallenstein, acabó por promover la destitución de este, como en 1630. Wallenstein, sin embargo, no estaba dispuesto a tolerar esta nueva afrenta, y por esto al verse amenazado con una destitución ofensiva pensó seriamente en llevar a cabo lo que en el curso de las negociaciones solo por incidencia había considerado posible, a saber, unirse con los protestantes contra el emperador. Esta tentativa terminó, sin embargo, con su ruina.

Pasemos ahora a estudiar, por lo menos en sus fases principales, ese proceso que se fué desarrollando gradualmente y que ha tenido siempre irresistible atractivo para la investigación histórica por la mucha importancia que desde el punto de vista de la historia tiene y por el interés extraordinario que despierta bajo el concepto psicológico. A pesar de los estudios que constantemente y durante dos siglos se han hecho de este asunto, contiéndense en él algunas cuestiones que no podrán nunca ser claramente explicadas; pero en cuanto a las líneas fundamentales del mismo no es posible ya tener duda alguna después de la reciente publicación de nuevos e importantísimos documentos sacados de los archivos suecos y sajones.

Las complicadas negociaciones que con varias alternativas se siguieron durante todo el año 1633 y los primeros meses de 1634 comenzaron sin intervención directa de Wallenstein. Entonces, como ya lo había deseado al encargarse este nuevamente del generalato, esforzabase el emperador por apartar a Sajonia de la alianza con Suecia y por conseguir de ella que firmara una paz separada, habiéndose ofrecido como mediador para ello el landgrave Jorge de Hesse, siempre ardiente partidario de la paz, y que ya en tiempo de Gustavo Adolfo había desempeñado un papel análogo. El fué quien

en marzo de 1633 negoció en Leitmeritz con los delegados imperiales, a cuyo frente estaba el obispo de Viena, Antonio, los cuales se mostraron aun más condescendientes que antes manifestándose dispuestos a aceptar no solo la revocación del edicto de restitución, sino también, aunque con algunas limitaciones, la completa igualdad de derechos para las distintas confesiones, la provisión por igual entre católicos y protestantes de los puestos de la Cámara imperial y hasta el restablecimiento de una parte del Palatinado. Tampoco se mostraron del todo intransigentes en el asunto de la indemnización a Suecia; pero en cambio se manifestaron inflexibles en cuanto a las exigencias personalmente formuladas al emperador, no queriendo en modo alguno consentir en la restauración del antiguo estado de cosas en Bohemia y en los territorios a ésta incorporados, sosteniendo, hasta cierto punto con razón, que respecto de las relaciones entre las dos confesiones en sus territorios hereditarios el emperador, en virtud del principio *cujus regio ejus religio*, tenía los mismos derechos que los príncipes en los suyos. Asimismo se negaron a aceptar en cuanto al Consejo secreto del emperador la provisión por igual entre católicos y protestantes. Existía, pues, la posibilidad de un acuerdo, pero como los embajadores se separaron sin adoptarle de un modo definitivo, se pensó en reunir durante el verano en Breslau ó Praga un congreso general para tratar de la paz.

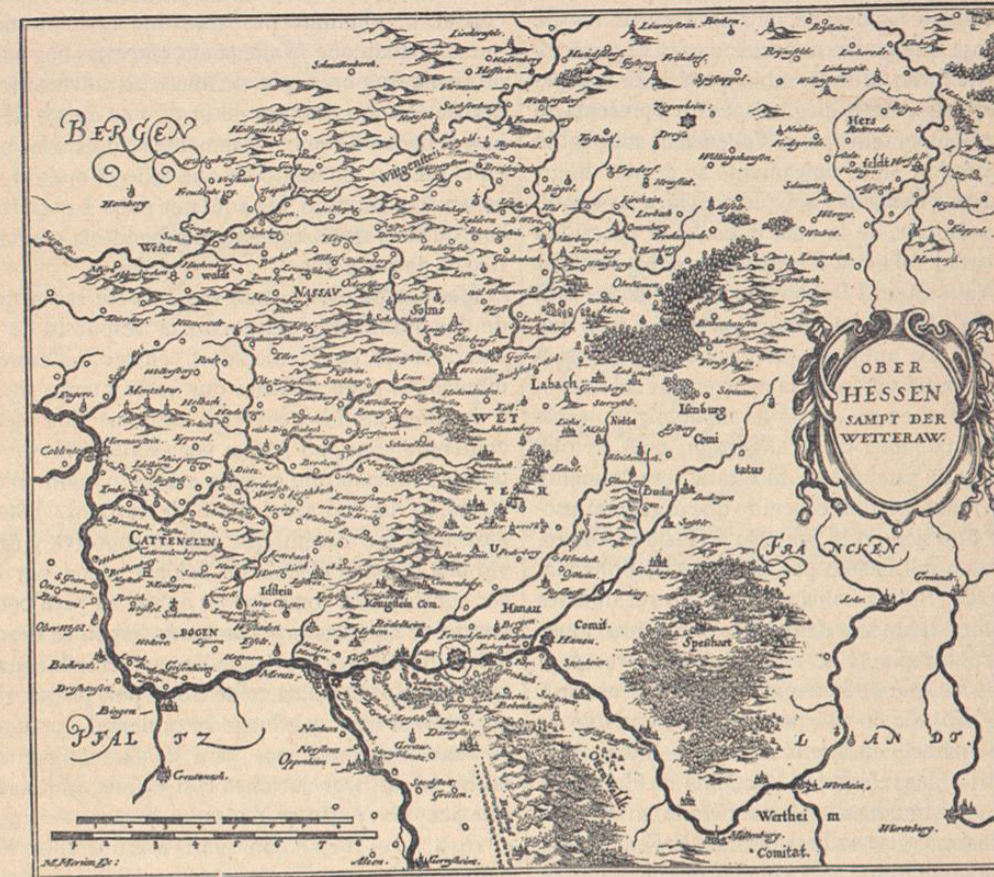
La cuestión acerca de la cual habíanse puesto de manifiesto mayores diferencias durante aquellas negociaciones era en primer término la de si debía ó no subsistir la reacción católica que después de sofocar la rebelión bohemia había implantado el emperador en sus territorios hereditarios. Esta oposición es la misma que reapareció después, cuando en las negociaciones seguidas por Wallenstein surgió la cuestión de si debía aceptarse el año normal de 1618 ó el de 1622. Precisamente Wallenstein traspasó por vez primera la línea trazada por la política imperial por haber accedido a los deseos de los protestantes en este punto en que el emperador no quería ceder.

A primera vista se comprende para quien esa cuestión tenía verdadera y decisiva importancia con solo tener en cuenta que en ella se trataba de la existencia de los emigrados bohemios capitaneados por Thurn. Ellos habían sido los que en el otoño de 1631 habían querido conseguir su objeto invadiendo por sí mismos la Bohemia, habiendo obtenido el consentimiento de Gustavo Adolfo para realizar esa empresa cuyo fracaso se había debido a la aparición inesperada en aquel país del ejército sajón mandado por Arnim. Desde entonces aquellos emigrados habían mantenido constantes y cordiales relaciones con los suecos, y en el momento de que nos ocupamos, ó sea durante la primavera de 1633, Oxenstierna envió a Silesia al anciano conde de Thurn para que se encargase del mando de las tropas suecas, que allí se encontraban. Recordando que el conde de Thurn era el mismo que había intervenido de una manera tan principal en las negociaciones entabladas en 1631 entre Gustavo Adolfo y Wallenstein, comprenderemos cuanta importancia tenía el hecho de que aquellos emigrantes reanudaran sus antiguas relaciones con ese general para conseguir por su mediación, y de cualquier modo que fuese, ver satisfechas sus antiguas exigencias concernientes al restablecimiento del anterior estado de cosas en Bohemia. La alianza con ellos fué lo que más perjudicó a Wallenstein; ellos fueron los que le arrastraron por un funesto camino y los que procuraron mantenerle en él: sabían que en el terreno religioso-eclesiástico Wallenstein estaba dispuesto a hacer mayores concesiones que el emperador, y por ahí es por donde trataron de cogerle, pensando que la mejor manera de lograr su objeto era acogerse

nuevamente a la antigua idea, concebida ya en tiempo de Gustavo Adolfo, de elevar a Wallenstein al trono de Bohemia, idea que les parecía entonces tanto más realizable cuanto que entretanto había fallecido Federico V. Las más recientes publicaciones de documentos han hecho precisamente en este asunto nueva y asombrosa luz, demostrando que en esta cuestión la memoria de Raschin, al atribuir la iniciativa de la misma a Wallenstein, ha desfigurado intencionadamente los hechos en contra de este. No fué el general, sino los emigrados quienes propusieron elevarle al trono de Bohemia, y el mismo Raschin, que desempeñó al principio de estas ne-

gociaciones el papel de mediador entre Suecia y los emigrados por una parte y Wallenstein por otra, fué quien llevó al campamento de Wallenstein la proposición en aquel sentido redactada.

Antes de que el ejército imperial abandonara sus cuarteles de invierno se presentó en Praga, el día 26 de abril, Sesyma Raschin, enviado por Thurn, y celebró una entrevista con Wallenstein, el cual precisamente en aquel momento se hallaba disgustado con la corte de Viena porque había sabido que la de Madrid proyectaba enviar a Alsacia un ejército español a las órdenes de Feria, cuando la capitu-



Mapa del Alto Hesse y de la Wetteravia. Facsimile reducido del grabado publicado en el *Theatrum Europaeum*, 1670

lacion de Znaim disponia expresamente que al lado de Wallenstein no podría haber en el Imperio ningún otro general con mando independiente. A consecuencia de este disgusto, Wallenstein se mostró dispuesto a entrar en tratos con los descontentos emigrados bohemios y en su conversacion con Raschin recordó sus antiguas relaciones con Gustavo Adolfo, a quien elogió mucho, pero del cual dijo que había sido una suerte que muriera porque — como decía él irónicamente — «dos gallos no habrían podido vivir bien en un mismo estercolero», y que en cambio, muerto él, era más fácil una inteligencia con Suecia para el logro de la paz. También manifestó deseos de que se avistara con él el mayor general Bubna, por cuya mediación pensaba poder entablar negociaciones con el canciller sueco.

Hasta aquí nada había digno de censura, puesto que, lo mismo que el emperador, procuraba Wallenstein negociar la paz: todo había de depender del sesgo que esas negociaciones tomaran. Pero de todos modos esa unión concertada sin conocimiento del emperador constituía una tentación extremadamente peligrosa.

Raschin, después de la entrevista, regresó a Liegnitz donde le esperaba Thurn, y Wallenstein salió de Praga el día 3 de

mayo para reunirse con su ejército y con él penetrar en Silesia.

La pompa con que salió de Praga excedió a toda ponderación al decir de una descripción de la época. «Acompañable catorce coches, cada uno de seis caballos, y dábanle séquito cuarenta caballeros é ilustres oficiales de la corte, además de diez trompeteros con sus trompetas de plata y doradas, y doce lacayos los cuales, al igual que toda la servidumbre, llevaban trajes nuevos de color encarnado y azul. Los carros de bagajes también estaban revestidos de cuero rojo y cargados con toda suerte de preciosidades. El generalísimo, vestido con colete y manto encarnados, iba al frente de noventa compañías de a pie y setenta de a caballo.» Aquella fué la última vez que la capital de Bohemia vió rodeado de todas sus pompas al general, que ya no puso más los pies en ella.

Antes de llegar a la frontera de Silesia, en Gitschin, encontró con Raschin que, defiriendo a sus deseos, esperaba allí con Bubna. En la primera entrevista que celebraron ya aprendió Wallenstein un camino peligroso, dejando traslucir por vez primera claramente su propósito de obligar al emperador a firmar la paz por medio de la unión de los ejér-

citados adversarios, aunque dando á comprender esto de tal manera que cabía dudar — y Bubna y Oxenstierna efectivamente dudaron — si sus manifestaciones eran hijas de un acceso involuntario de cólera producida por la cuestión de Feria ó si expresaban realmente una intención firmemente adoptada. De todos modos, es lo cierto que la idea de la unión de los ejércitos fué francamente manifestada, y el mismo Bubna al transmitir las palabras de Wallenstein dice: «¿No somos unos tontos rompiéndonos las cabezas para complacer á otro, cuando podemos conseguir por nosotros mismos la paz tan deseada?» Pero Wallenstein no fué tan allá como deseaba el emigrado (Bubna lo era), pues calificó al pronto de «brionada» la idea de dejarse coronar rey de Bohemia, única cosa que podía imprimir en las negociaciones un rumbo provechoso. Bubna había acariciado la esperanza de que se declararía desde luego dispuesto á presentarse como enemigo del emperador; pero Wallenstein solo habló de obligar al emperador, «que únicamente se dejaba dirigir y extraviar por curas y haraganes,» á que aceptara las condiciones de paz, como base de la cual indicaba la necesidad de la absoluta libertad religiosa. Oxenstierna debía trabajar — y así encargó Wallenstein á Bubna que se lo dijera — para que «la religión fuese libre para ambos partidos y para que fuesen restablecidos los antiguos privilegios y libertades.» Como se ve, reproducíase entonces la cuestión de las restituciones en Bohemia. Bubna no quedó en modo alguno satisfecho con las declaraciones de Wallenstein, pues lo que quería era conseguir de este que se mostrara resueltamente enemigo del emperador y había esperado que el general pondría, como en otro tiempo lo propuso á Gustavo Adolfo, la completa expulsión del mismo por lo menos de Bohemia. Hablando con Trzka, Bubna había manifestado sin ambages ni rodeos que Wallenstein tenía demasiadas consideraciones al emperador. Por la propia relación de Bubna se ve como eran los emigrados los que de antemano querían arrastrar á Wallenstein mas lejos de lo que este en un principio se proponía. A lo que parece, en la entrevista con Bubna Wallenstein no aceptó la idea referente á la corona de Bohemia, idea acerca de la cual trataba al mismo tiempo en Dresde otro emigrado, Kinsky, con el embajador francés Feuquieres, y habiendo este preguntado acerca de ello directamente al general, no obtuvo respuesta de él en algunos meses.

Mientras Bubna emprendía su regreso para avistarse primero con Thurn y dirigirse luego adonde estaba esperándole el canciller sueco, Wallenstein penetraba en Silesia á fines de mayo y en los primeros días de junio llegaba á las cercanías de Munsterberg, donde se encontraba el ejército enemigo mandado por Arnim y Thurn. Mientras que Ilow se apoderaba de Nimptsch y todos esperaban un choque de ambos ejércitos, Wallenstein enviaba en la tarde del 3 de junio un mensajero á Arnim invitándole á celebrar con él una entrevista. Del mismo modo que por medio de Bubna había negociado con los suecos, quería entonces negociar con los sajones por conducto de Arnim, como lo había hecho durante el invierno de 1632 á 1633 por mediación de Sparre, llevando estas negociaciones con entera independencia y hasta en oposición una con la otra.

Para formarse claro concepto de las complicadas negociaciones de Wallenstein hay que tener en cuenta ante todo que entre los adversarios con quienes ese general andaba en tratos no reinaba el menor acuerdo. Desde el día en que Arnim con su entrada en Bohemia hizo fracasar la empresa proyectada por los emigrados, notóse una seria disidencia entre estos y la dirección militar sajona, disidencia que enfrió las relaciones entre Arnim y Thurn, sobre todo después de haber sido este nombrado general en jefe de las tropas

suecas en Silesia. Que la alianza entre Suecia y Sajonia no era tampoco muy firme, hemos tenido repetidas veces ocasión de hacerlo notar en el curso de nuestra obra, siendo muy digno de consignarse en este punto el hecho de que Arnim ningún conocimiento tuviera de las negociaciones de Thurn y de los suecos con Wallenstein y de que Thurn sintiera gran inquietud al saber que Wallenstein estaba en tratos con Arnim. Era indudable que Wallenstein jugaba por partida doble, que quería tener siempre dos flechas en su arco, y mientras en sus negociaciones con Bubna se expresaba con cierto desden acerca del elector de Sajonia, en sus tratos con Arnim hablaba en primer término de una alianza con él, siendo muy probable que tuviera razón aquellos que opinaban que Wallenstein con estas negociaciones no se proponía otra cosa que dividir á los adversarios para luego destruirlos uno después de otro. Y en apoyo de esta opinión hay el hecho de que nuevamente rompiera las negociaciones en el preciso momento en que todo el mundo creía que tocaban á su término. De aquí que poco á poco todos aquellos con quienes trataba fueran perdiendo la confianza en la seriedad de sus actos.

Mas sea de esto lo que fuere, baste saber que aun antes de que Bubna regresara con la respuesta de Oxenstierna entabláronse en Heidersdorf, entre Wallenstein y Arnim, minuciosas negociaciones que verbalmente siguieron el día 6 de junio ambos generales ante los dos ejércitos y cuyo contenido consignó Arnim por escrito á fin de que Wallenstein le ratificara que aquella era su opinión. Wallenstein, en efecto, lo declaró así delante de testigos. Este documento redactado por Arnim, que aun se conserva y del cual se envió una copia al elector de Sajonia, debe por consiguiente ser considerado como fuente auténtica para conocer el contenido de aquellas negociaciones. Según se desprende de él, las estipulaciones provisionales no fueron tan inauditas como se ha creído. En ellas comenzáse por pactar un armisticio por catorce días, que luego se prolongó por unos días mas; se estableció como base para la paz, al igual que se había hecho en las negociaciones con Bubna, la libertad religiosa, y se aceptó — y esto es lo mas importante — como año normal el 1618, no el 1622 como quería el emperador. Esto significaba que Wallenstein, en abierta oposición con el emperador, accedía á las exigencias de los protestantes y especialmente de los emigrados; que, como escribía Arnim, «todo volvía en el romano Imperio al estado que tenía antes del funesto año de guerra de 1618, siendo cada cual reintegrado en sus honores, dignidades, privilegios, inmunidades y libertades, devolviéndose á la religión el libre ejercicio y restableciéndose por consiguiente en todo el romano Imperio las antiguas laudables constituciones.» De manera que Wallenstein se mostraba dispuesto á conceder aquello mismo que los embajadores imperiales habían rotundamente rechazado en Leignitz, ó sea el restablecimiento del estado de cosas anterior á la sublevación bohemia. Aun admitiendo, á pesar de todo esto, que esas negociaciones se contenían en lo fundamental dentro de los límites de la lealtad hacia el emperador, por mas que el general fuera en sus concesiones mucho mas allá de lo que el emperador quería, de todos modos aparecía ya en ellas un elemento peligroso por virtud del cual había de pactarse mas adelante que los ejércitos, cuyos jefes negociaban entre sí, debían volver las armas *conjunctis viribus* «y sin respeto á persona alguna» contra todos aquellos que osaran turbar el *statum Imperii* y atentar contra la libertad religiosa. Esto podía referirse á Suecia, y en este caso Wallenstein se hacía reo de duplicidad para con esta potencia; pero quizás podía y debía mas bien ser interpretado en el sentido de obligar al emperador á que cediera ante las

fuerzas unidas de los ejércitos. Como se ve, aun prescindiendo de noticias mas graves aunque menos fidedignas que por otros conductos tenemos, aquellas negociaciones de Wallenstein revestían un carácter á propósito para engendrar inquietudes. La cuestión estaba en ver si los electores de Sajonia y de Brandeburgo estarían dispuestos, y hasta qué punto, á seguir negociando con Wallenstein en este terreno.

Arnim procuró convencerles de que así lo hicieran, pues consideraba que las fuerzas de los sajones, brandeburgueses y suecos eran demasiado escasas para oponer á Wallenstein una resistencia formal, y el día 19 de junio celebró, en el castillo de Chmelen, en Ortrand, una entrevista con su elector y con los consejeros privados de este, en la cual se declaró favorable á las proposiciones de Wallenstein. Pero el elector y sus consejeros mostráronse prudentemente reservados á pesar de que Arnim les manifestó no sin motivo que Wallenstein, en el caso de que sus proposiciones no fuesen

aceptadas y para disipar toda desconfianza que surgiera en la corte imperial, atacaría con todas sus fuerzas al ejército sajón y lo destruiría, ó bien se aliaría con el partido mas poderoso, es decir, con Suecia y con Francia. No obstante lo razonado de esta opinión, los consejeros sajones persistieron en su prudente reserva y con una ceguera incomprendible propusieron que se continuara entreteniendo á Wallenstein y «se indagara hasta dónde pensaba llegar.» Desde Chmelen encaminóse Arnim á Peitz para avistarse con el elector Jorge Guillermo de Brandeburgo y averiguar cuál era su parecer sobre el asunto (23 de junio). Jorge Guillermo se mostró mas inclinado á aceptar las proposiciones de Wallenstein, pero esto poco significaba mientras el elector de Sajonia perseverara en su negativa.

Durante el tiempo que por virtud de esas negociaciones de Chmelen y Peitz hubo de estar Arnim ausente del cuartel general de Silesia, Wallenstein reanudó sus relaciones con

Arnim Stockholm d. 15 März 1625.
Majestät: bin stillschweigend
Arnim
Oxenstierna

Facsimile reducido de una firma de Axel Oxenstierna, tomado de un documento fechado en Estocolmo, en 15 de marzo de 1625 (Axelius Oxenstierna m (anu) p (ropria). Berlin, Real Archivo secreto del Estado)

los suecos y con los emigrados y celebró en 12 de junio una conferencia con Thurn, el cual hablando de ella se manifestó muy satisfecho, diciendo que todo continuaba igual «y que cuanto había dicho Bubna estaba en buenos *terminis*.» Con gran impaciencia esperaba Thurn que Bubna regresara de su visita á Oxenstierna y su mayor deseo era que las negociaciones con Suecia terminaran durante la ausencia de Arnim, en quien tenía muy poca confianza.

Bubna, en efecto, regresó al lado de Thurn el 18 de junio, es decir, antes de la vuelta de Arnim, y al día siguiente se dirigió al campamento de Wallenstein. El día 1.º de junio había sido recibido en audiencia por Oxenstierna en Frankfurt y le había dado cuenta por escrito y de palabra de las proposiciones de Wallenstein; y el día 7 el canciller le había entregado una contestación por escrito que era un modelo de claridad y de precisión y al propio tiempo una prueba de que no consideraba las proposiciones de Wallenstein como demostración directa de su propósito de separarse del emperador. Aquella respuesta tendía por completo á obtener una explicación clara acerca de si Wallenstein quería reconciliar á los dos partidos en lucha «de una manera regular» ó sea como plenipotenciario del emperador, ó si «*in particulari*» y merced al apoyo del ejército pretendía dictar las condiciones de la paz al emperador y á la Liga; en otros términos, consideraba como muy posible, dadas las negociaciones hasta entonces seguidas, que Wallenstein se propusiera conseguir una paz que habría de concertarse de acuerdo con el emperador. Oxenstierna, según él mismo decía, consideraba una paz en tales condiciones muy conveniente, pero imposible porque el emperador no había de consentir nunca espontáneamente en que se restableciera el estado de cosas de 1618, además de que no se trataba de solos dos caudillos, sino de una multitud de ellos con todos los cuales se habían de entablar negociaciones. Por estas razones Oxens-

tierna se declaraba francamente partidario de la segunda solución, es decir, de que Wallenstein obrara por sí y ante sí, único medio de que la paz se hiciera. Y como el emperador había de oponer, en sentir de Oxenstierna, invencibles dificultades precisamente al restablecimiento del antiguo estado de cosas en Bohemia, lo mejor era, á su modo de ver, no solo excluirle de las negociaciones, sino además conferir á Wallenstein la corona de Bohemia con todos los territorios á ella incorporados. Si así se hacía, el canciller sueco se declaraba desde luego dispuesto á unirse á Wallenstein, el cual, á su vez, debería obligarse á mirar por el bienestar de Suecia y particularmente porque se diera á esta la satisfacción que le correspondía, ó sea para que se le cedieran los territorios convenientes.

Esto significaba en términos claros y concretos que era inútil negociar con el emperador, porque este no había de aceptar las condiciones que en primer término convenía fijar, y que por lo mismo lo que procedía era que Wallenstein se separara abiertamente del emperador, que se le coronara rey de Bohemia y que luego se entablaran entre él y Suecia negociaciones cuyo resultado se encargarían los ejércitos de hacer aceptar por fuerza á Fernando. Oxenstierna exigía entonces clara y concretamente de Wallenstein lo que este en un momento de arrebató por la cuestión de Feria había considerado como una posibilidad remota y aun quizás lo había dado á comprender de una manera vaga á Bubna, el cual tal vez había exagerado sus manifestaciones al transmitir las al canciller. Oxenstierna no quería prestar su ayuda á Wallenstein si este no comenzaba por abandonar resueltamente la causa del emperador; deseaba ver claramente hasta qué punto eran sinceros y formales los ofrecimientos del general.

Wallenstein tenía, pues, que escoger el camino que le convenía seguir. ¿Se decidiría por separarse del emperador? Así lo esperaban todos y así parecía demostrarlo el hecho de